

TRADUCIR EN MOVIMIENTO EL MUNDO*

PATRICIO BUNSTER
Coreógrafo y bailarín

Quiero agradecer el Premio adjudicado a la danza y me enorgullece y algo me asombra ser yo quien lo reciba en su nombre esta vez.

La danza sí lo merece, pues marcó hitos importantes en la cultura de Chile y América.

Permitáseme que supere por una parte la mudez definitiva del arte que profeso por 54 años, para decir algunas palabras hoy, abusando de vuestra paciencia.

Palabras que no hablarán de lo que he hecho y dejado de hacer, sino de circunstancias que se dieron y oportunidades que tuve para desarrollarme en el campo de la danza, y de las cuales carecen tantos jóvenes que se merecen todos los esfuerzos de esta sociedad para que no se malogren sus talentos.

Y en esto no me guía la nostalgia, sino que es un aporte mínimo en este deber de memoria histórica, imprescindible para juzgar el presente y diseñar futuros. Quiero agradecer a esas circunstancias y a esas oportunidades.

Agradecer ante todo a ese gran educador que fue mi padre, César Bunster, quien se preocupara de mostrarnos opciones diversas en la vida, llevándonos al teatro y la ópera, a las fiestas populares, a los estadios, a las exposiciones y conciertos, que nos contagiara su admiración por Charles Chaplin y que, en las noches, nos leyera a Gabriela, Martí, Neruda, Cervantes, Quevedo, García Lorca.

Nos enseñó a amar esta tierra, esta América y la cultura universal, maestro prototipo de esa cultura laica

que ha plasmado la cultura chilena del siglo XX, tradición que debemos defender de los embates que ha venido sufriendo por décadas.

Agradezco dentro de esa misma tradición, al Instituto Nacional, al pluralismo y diversidad de su enseñanza en que, junto a la formación de una conciencia crítica, parecía equipararse el desarrollo tanto del lado racional como del lado sensible del educando. Un ejemplo de esa atmósfera fue que un futuro pintor-Venturelli; un futuro Juez-Bañados; un futuro arquitecto Etcheverry y un futuro coreógrafo fundáramos allí la Academia Literaria, en que posteriormente hicieron sus primeros avances gente como Enrique Lhin, Skármeta, José Miguel Varas, Arrate y otros. Es necesario que la educación general del joven chileno retome esa orientación humanista más integral, que reincorpore el arte a sus programas, pues el arte es una forma de conciencia crítica y crea conciencia crítica. Esa inquietud por ver y saber lo llevaron a uno a estar como joven mirón e intruso en la fundación de la Alianza de Intelectuales y del Teatro Experimental, y a colgarme en la galería del Teatro Municipal para ver a la Xirgú, Kleiber, Busch, Arrau, el Ballet Ruso y el Ballet Jooss.

Agradezco haber vivido mi juventud en época de cambios en el mundo y en nuestro país. Allá, la derrota republicana en España y luego la guerra consolidaron nuestra conciencia democrática y antifacista. Y acá, un movimiento de unidad del pueblo nos traía un gobierno como el de Aguirre Cerda que tenía en su lema la

* Discurso de agradecimiento del Premio Municipal de Arte otorgado por la Municipalidad de Santiago a Patricio Bunster en octubre de 1995.

educación y por ende la cultura y el arte. ¡Cuando volveremos a tenerlas, por así decir, en la agenda oficial! Fue ese gobierno el que institucionalizó, bajo el alero del Estado y la universidad, lo que los artistas venían presionando desde abajo; organismos de difusión artística para todo el pueblo: Orquesta Sinfónica, Coro, Ballet, Música de Cámara, Teatro Experimental, impulsó a la Plástica Nacional y promovió leyes para su financiamiento.

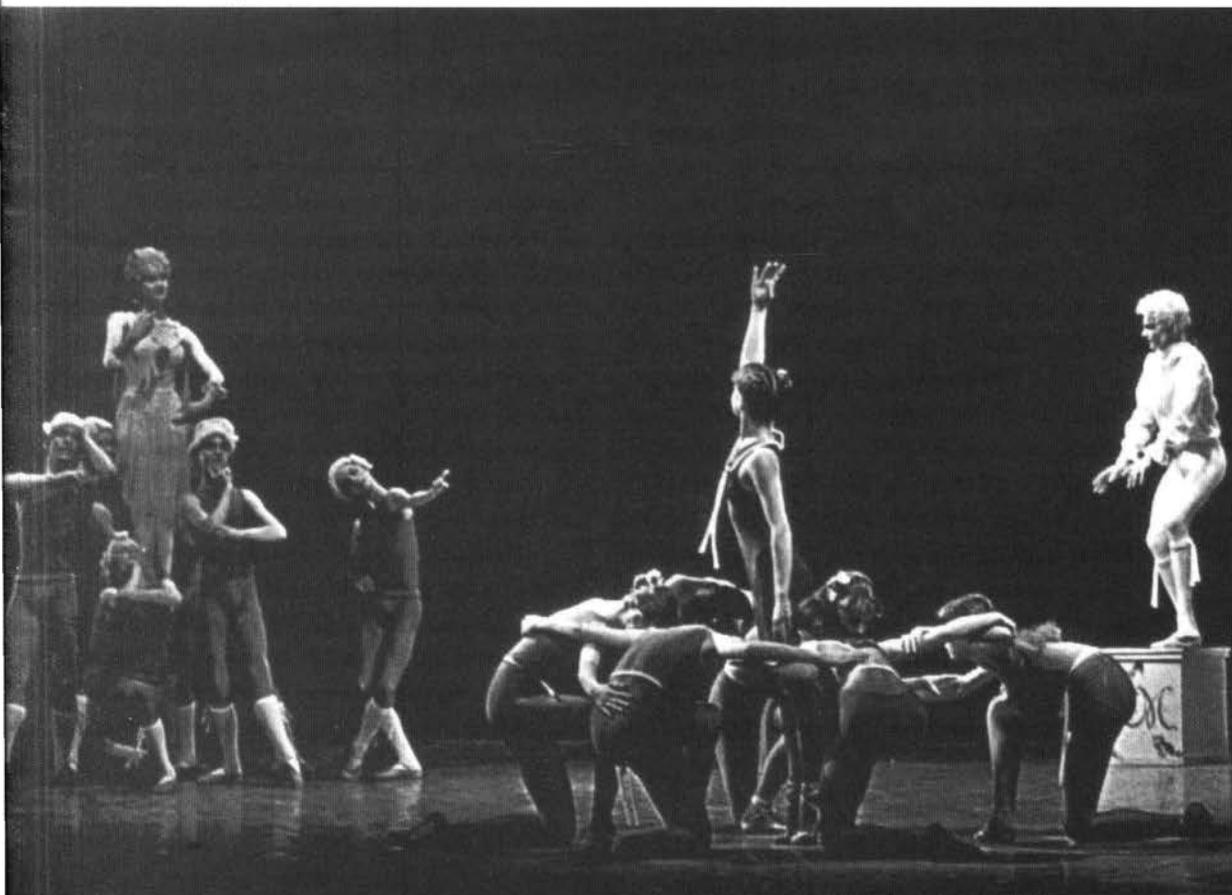
Son siempre movimientos de unidad del pueblo con altas metas de cambios sociales, como aquél, o como fue el de los 60 y el de la Unidad Popular, o como la unidad contra la dictadura, los que concitan y articulan entusiasmos y estímulos que han producido momentos de alza importantes en la cultura y arte nacionales.

Agradezco a mis queridos maestros iniciales, Ernst Uthoff, Lola Botka y Rudolph Pescht. La admiración que les había profesado como intérpretes del Ballet Jooss un año antes me convirtieron, al decidirme por la danza, en un incondicional de ellos, pero siempre

entendí mi fidelidad junto al derecho y el deber de expresar alguna vez pequeños desacuerdos. Aprendí de ellos rigor en las sutilezas interpretativas, el respeto a todos los géneros, el que cada gesto debe tener un sentido, que no puede contener belleza sin verdad y que si esa verdad está implícita en el movimiento, será lenguaje para todos y no sólo para iniciados.

Aprendí también que, como todo ser que sube a escena, todo bailarín debe ser actor, actor gestual por cierto. Debo aquí hacer un aparte dirigido a aquellos que cuando me han visto pasar en pantalla del cine, me dicen: *Así que ahora te las estás dando de actor*. Si Uthoff no nos hubiera hecho actores, como pudo uno diferenciar en su interpretación a la Muerte del Rey Droselbart, o al casto José de **Don Juan**, a Calaucán de Coppelius... permitanme esta reivindicación actoral. Desde entonces, amo la danza, y si bien nació y he cultivado en especial la danza-teatro, amo por igual la danza poesía, pues el movimiento del cuerpo puede contar y puede cantar, y puede contar cantando, si se me permite la expresión.

Grüß an Amadeus, con alumnos del Paluca Schule. Dresden 1982.





Patricio Bunster y el grupo Espiral, en un ensayo de *Caras más Caras*, 1988.

Pero la danza escénica es un arte colectivo, y cuando se saludan los 50 años del Ballet Nacional Chileno, no puede olvidarse a los que dedicaron años a ese éxito colectivo: los intérpretes. Por eso saludo a esa generación inicial, que nombro a riesgo de olvidos: Malucha Solari, Luis Cáceres, Lissy Wagner, Yerka Luksic, Alfonso Unanue, Liliana y Ana Blum, Adriana Torres, Virginia Roncal, Blanchette Hermansen, y a la generación siguiente: José Uribe, Hilda Riveros, Max Somoza, Bárbara Uribe, Oscar Escauriaza, Nora Salvo, Nora Arriagada, José Verdugo, Armando Contador, Rayén Méndez, Nieves Leighon, Chela Gilberto, a los extranjeros que tanto aportaron como Jean Cebren, Noelle de Musa, Heinz Pohl, Rolf Alexander, Joan Turner, Hans Zullig, Joachim Frowin, Rosario Hormaeche, Ana Gremschi, etc. Y ahí me detengo, pues me faltan 11 años de esa historia y porque aquellos que encontré a mi regreso y

que tratan de emular ese pasado —ellos sí— son conocidos y reconocidos.

Agradezco a mis maestros europeos a los cuales llegué en 1951 en busca de cien fundamentos teóricos que yo suponía subyacentes en la experiencia que había tenido en Chile con Uthoff y con la visita de Kurt Jooss. Fue primero Joan Turner y luego su maestro Sirgud Leeder quienes me introdujeron allá en la sistematización de todos los factores que informan el arte y la ciencia del movimiento humano en el ámbito de la danza expresiva. No de una danza, sino de toda danza.

Decía Leeder que su deber de maestro era abrir la comprensión del alumno al abanico casi infinito de las posibilidades expresivas del cuerpo humano y no estrechar sus anteojeras a ningún dogmatismo, a ninguna limitación o normatividad que estilos, tendencias, modas o manierismos conllevan. Guiar al alumno al cono-

cimiento y dominio del *cuerpo propio*, a las infinitas sutilezas del gusto que —en función de motivaciones siempre cambiantes— resultan en una actitud específica ante el cuerpo, la energía, el espacio y el tiempo.

Osea, enseñar los *principios ordenadores* que existen en, y conforman, toda danza, para que después cada uno use el cuerpo, el tiempo, el espacio y la energía de acuerdo al ánimo, la conducta, la situación, las relaciones humanas, en una palabra, de acuerdo al segmento de la realidad que a cada uno se le antoje reflejar en el lenguaje universal del gesto. Tal concepción me ha ayudado a abordar temas muy diversos con lenguajes diferentes y no con vocabularios gestuales pre-establecidos. Es la diferencia entre la creación y el *arrangement*. Es la actitud virginal necesaria para que semillas, ideas primigenias diferentes, se configuren en formas diferentes.

Tal método desarrolla en nosotros la capacidad de leer en *movimiento* la realidad, a pensar en *movimiento*, a traducir en *movimiento* el mundo de las sensaciones, sentimientos, emociones ayuda a comprender en su esencia estilos y tendencias, y nos vacuna contra la imitación de formas externas.

Y digo esto porque la potencia expresiva del gesto es mucho mayor que la de cualquier estilo, tendencia o moda, que privilegian, y a veces absolutizan, algunos aspectos de los medios expresivos y, lo que es peor, tienden dogmáticamente a negar otros. Esa actitud no ayuda al desarrollo de la danza. Digo a mis alumnos que la única camiseta que uno debe vestir es la de uno mismo, la de uno mismo y del mundo que le rodea, la búsqueda de la propia identidad, y les digo que cada día es más difícil ser uno mismo, pues nuestra identidad cultural es arrasada minuto a minuto por los medios de comunicación, por los poderes imperiales y

criollos del mercado que, bajo el nuevo término de la globalización, quieren terminar con las expresiones culturales nacionales.

Agradezco a un artista, Baldomero Lillo, que de niño me abriera los ojos a la explotación y la miseria de nuestro pueblo y a otro artista, compañero de estudios, José Venturelli, quien fue el primero que me hizo ver que no basta con la sensibilidad social, pues si uno interpreta este mundo como (intrínsecamente) injusto lo consecuente es participar en el esfuerzo por transformarlo. *Utopía es buscar justicia*, nos decía hace poco Joan Manuel Serrat en Espiral.

No he renunciado ni renunciaré nunca a esa utopía. Ello me ha reportado una gran familia aquí y en el mundo recorrido —de seres a quienes respeto, admiro y agradezco por el permanente estímulo y razón de vivir que dan a mi vida y mi trabajo. Gracias a la hoy desaparecida RDA, que me acogiera en los 11 años de exilio y que no sólo me entregó su amistad solidaria y me dio trabajo sino que me cubrió de exagerados honores a través del Estado, de los Sindicatos, de las Juventudes y de la Academia de las Artes, por los aportes que hice allí a la formación de jóvenes artistas de la danza y algunas creaciones coreográficas y teatrales. (Y digo exagerada, por haberseme elegido miembro correspondiente de la Academia junto a Messiah, Kurosawa y Belafonte. Imagínense).

Por último, gracias a mi Sindicato de la Danza que sospecho me postuló a este premio, gracias a la generosidad y pluralismo del jurado y gracias a mis colegas y alumnos y colaboradores del Centro de Danza Espiral, de quienes aprendo cada día y recibo el estímulo para continuar en el camino de la danza, y entre ellos a mi mejor crítico, mi hija Manuela, a quien le dedico esta distinción.